

Carrusel

Guillermo Castelló

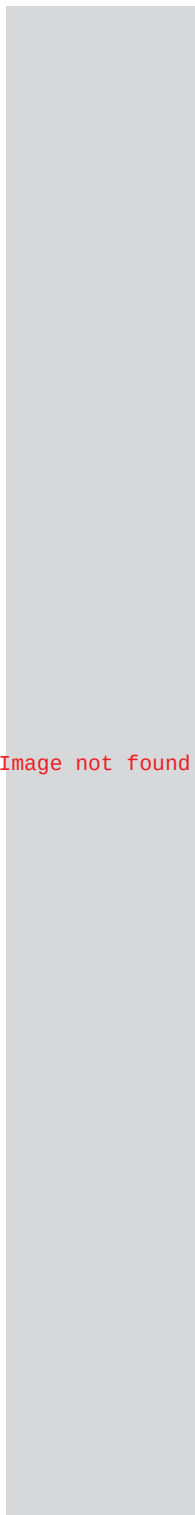


Image not found.

Capítulo 1

Tal vez fue el no poder dormir más durante la noche lo que le obligó a merodear con la mirada su habitación. A oscuras, eran pocos los detalles que podía ver. Muebles en metal y terciopelo fino, una sólida puerta de madera y en las paredes distintas joyas y juguetes decorados tiernamente. A su lado, un plato con agua fría y una toalla reposando, su cabeza ardía horriblemente, pero no le quedaban ya ni fuerzas para recoger la toalla, ni gritar, ni cerrar los ojos. Solo era testigo del lento caer de las gotas de vida, y un inocente movimiento en su silenciosa habitación.

Brillante, decorado al colorido más fantástico, era de aquellos juguetes donde podías sentir la inocencia y felicidad como un perfume. Una mueca con vestigios de sonrisa se le asomó al ver que el carrusel se seguía moviendo, inocentes caballos, dando vueltas y tropiezos, jugando entre ellos, con sus ojos serenos, saltaban y caían alrededor del metal... Sin llegar a ninguna parte, sin salir de su mundo. Extrañamente hipnóticos y fascinantes, eran amables; al igual que sus pasos tranquilos, pronto su mirada se dirigió al techo, su cuello, cansado de voltear no podía más. Entró y salió del estanque varias veces, hasta que finalmente se hundió en un sueño de azúcar y ternura. Montando caballos alrededor de las nubes, alcanzando el cielo y bajandolo para todos aquellos que lo esperaban felices en la tierra...

Al salir el sol, la figura encapuchada caminó hacia el castillo, lenta y dolorosamente, sintiendo el peso de cada respiro, el tormento de cada mirada perdida a la que le había trazado el rumbo. Apretó fuerte su bolsillo y se detuvo frente a la entrada del castillo, un par de enormes guardias custodiaban la entrada cruzando sus armas. Con un esfuerzo, logró llamar su atención y ambos bajaron la mirada a la oscuridad expectante de respuestas, sus armaduras temblaron trataron de mantener fijas sus armas para evitar su paso...

“No, usted no debe de estar aquí. ¡No puede estar aquí!”

“Usted que no tiene mirada ni vergüenza, ¿con qué ojos expresa su descaro?!”

Con la misma tranquilidad del mover de las hojas, un reloj de mano salió de entre los ropajes de la figura, tres veces golpeó el cristal con un dedo

que se escondía entre sus mantos. tac. tac. tac.

Ambos guardias se derrumbaron en lágrimas, la figura pasó tranquila sobre sus lanzas, sobre sus lamentos y se llevó un puño de su desesperanza.

“Amargo perfume” pensó, y siguió subiendo lentamente, atrayendo la mirada de cada habitante del palacio, todos ellos con la cara en lágrimas blancas y pálidas. Cada paso se sentía como si fuera el último, y la figura empezaba a agotarse, las miradas le hartaban. Después de girar alrededor de algunos pasillo impecables, un grupo de personas le esperaban, todas juntas cubrían la entrada de una habitación. Con la cabeza en alto y las manos temblando trataron de oponerse a la figura. Sus ojos reducidos por el miedo, pero había entre ellos también un sentir en bruto de valentía.

“¿Puede entendernos? ¿Puede hacerse una idea de quién somos? De los ojos con que miramos, y las lágrimas que hacemos correr... ¡¿Por qué tenemos que ser aquella flor que recoge cuando marchita?!”

La multitud escuchaba atenta a la dama que daba el corto discurso, expulsando su cólera contra una sombra tanto profesional como frívola. Sus miradas la respaldaron y en orgullo, se unieron más, creyendo ser una impenetrable barrera de esperanza y valor.

La figura simplemente se agachó y rápidamente pasó por entre las piernas de la multitud, que de tanto orgullo habían alzado la cabeza en prematura victoria.

Igual que las golondrinas al ser cazadas, toda la multitud del castillo se derrumbó y lloró de miseria al ver que la figura había entrado a la habitación del enfermo joven príncipe.

La puerta se quejó al abrir y los ojos del niño se abrieron, se mostraron terriblemente comprensivos al ver la figura que acababa de entrar a la habitación. Empezó a toser un poco y la muerte se acercó a su cama aterciopelada. El niño soltó un gran quejido y la muerte se detuvo, hizo uso de todas sus fuerzas y alzó la mano fuera de la sábana para señalar al carrusel, que yacía triste y estático.

“Llevo toda la noche esperando a que llegara, creí que en estos momentos me perforaría su mirada, pero no tengo miedo, solo estoy... inquieto. Mi única compañía fue ese carrusel, ver a los caballitos girar me salvó de ahogarme en pesadillas, pero cuando abrí los ojos, se detuvo. ¿Podría hacer que girara de nuevo, Querida Muerte?”

La figura dirigió la mirada a los caballos, a sus colores despintados y el óxido entre las barras del diminuto carrusel de juguete. Puso su mano sobre un caballo y lentamente trató de empujarlo, se había quedado atascado. El niño seguía mirando expectante, con ojos vidriosos, así que la figura se esforzó un poco más, pero se dio cuenta de algo que era más bien obvio: ese carrusel, no había sido fabricado para moverse, era una decoración, no un juguete. Dejo de intentar, y entonces el enfermo empezó a reír animado.

“Me alegra que lo intentara, pero creo que ya no funciona... Usted no es tan mala como todos dicen, ¿no?”

El príncipe cerró los ojos y esperó que llegara la muerte, ésta, con su compás funebre y marcado se acercó a él, como la madre cariñosa que siempre quiso ser, le besó la frente y lo arropó contra el frío. Se llevó su vida en una bolsa de tela, y en su bolsillo, donde siempre guardaba su reloj que contaba la vida yacía al lado del frío metal un caballito descolorido que traería por toda la eternidad.